

Y POR FIN EL TANTO MONTA

Después de muchos años de incertidumbre, de ilusión y de trabajo, finalmente en noviembre de 2017 se ha inaugurado el Tanto Monta, el salón más importante y representativo del palacio episcopal oscense, cuyo nombre procede del famoso lema del Rey Católico. Las tareas comprendidas en su restauración se han desarrollado en dos fases y prolongado durante casi diez años bajo la dirección de Ana Carrassón, técnica del Instituto del Patrimonio Cultural de España. Hoy el Tanto Monta se ha integrado en el recorrido del Museo Diocesano de Huesca y *Argensola* quiere reconocer el trabajo de todos los profesionales involucrados en la recuperación de este espacio para los oscenses.

La “Sección temática” de la revista, *La catedral de Huesca a fines del siglo xv: una memoria recuperada*, se centra en las obras del obispo Antón de Espés (1466-1484), principal responsable del Tanto Monta. La figura de Espés ha sido poco estudiada hasta ahora, pero en su momento, según revelan los trabajos que ahora se presentan, tuvo gran protagonismo tanto en el ámbito eclesiástico como en el político. Susana Villacampa, técnica del Museo Diocesano de Huesca, ha vivido muy de cerca la restauración del Tanto Monta. En su artículo resume la historia del salón, sus cambios y sus intervenciones —de acuerdo con los diferentes investigadores—, para después dar cuenta de los criterios de restauración y de los resultados obtenidos en el proceso, no exento de polémica, por supuesto. El Tanto Monta y el tejaro de la catedral —que he datado hacia 1480— nos devuelven con su iconografía a una época trascendental de la historia de Aragón y de España. Como explico en mi estudio, faltaba muy poco en ese momento para la expulsión de los judíos, a quienes en el tejaro se acusa de numerosos crímenes para vergüenza pública. Por su parte, Carlos Garcés, en el primero de sus artículos, analiza especialmente el lema “Tanto monta”, desde su legendario origen, que involucra

a Alejandro Magno, hasta su adaptación para Fernando el Católico, así como la heráldica de este personaje, que en 1478 —cuando se construyó la techumbre del salón— era todavía príncipe de Aragón pero ya rey de Castilla, y también el escudo de su padre, el rey Juan II, y del obispo Espés. En el segundo, Garcés estudia la estrecha relación de la familia Espés con los monarcas antes citados a lo largo de tres generaciones a través de unos servicios que los reyes recompensaron con la adjudicación de encomiendas de órdenes militares, adquisiciones de señoríos e importantes cargos cortesanos.

El “Boletín de noticias” presenta tres aportaciones, también íntimamente relacionadas con el patrimonio altoaragonés. Por mi parte, tras un estudio formal, atribuyo la imagen de Nuestra Señora de la Merced que se halla depositada desde 2016 en el Museo Diocesano de Huesca al escultor Ramón Senz, quien la habría realizado para presidir un retablo bajo su advocación hacia 1610. A continuación, Manuel Gómez de Valenzuela prueba documentalmente que las bóvedas de las naves laterales de la catedral de Jaca, realizadas por el arquitecto Juan de Segura, ya estaban en construcción en 1515, unos años antes de lo que se pensaba hasta ahora. Por último, Susana Villacampa y Blas Matas identifican varios azulejos —que componen el escudo de los Lastanosa— y diversos motivos eucarísticos como pertenecientes al frontal de altar de cerámica que debía de existir en la sacristía de la capilla catedralicia de los Lastanosa hasta 1964, cuando fue derribada. El trabajo de reconstrucción ha sido posible porque muchas piezas se reservaron en la catedral.

La “Sección abierta” cuenta con siete artículos cuyo contenido se desplaza desde el siglo XVIII hasta el XX. Íñigo Ena, gracias a una Ayuda de Investigación concedida por el Instituto de Estudios Altoaragoneses en 2016, estudia las finanzas municipales oscenses en el primer tercio del XVIII y estima la gran deuda del Ayuntamiento y las dificultades que tuvo para negociarla, en especial con su principal acreedor, el Capítulo de la iglesia de San Lorenzo, integrado por miembros de las principales familias oscenses. A pesar de los cambios planteados en la administración por los Decretos de Nueva Planta, está claro, como muestra el autor, que la oligarquía urbana y especialmente el estamento eclesiástico continuaron ejerciendo un importante control del erario público; no en vano eran los dueños de los censales que gravaban los ejercicios económicos de cada anualidad municipal. En su artículo, Roberto Anadón y Ana Isabel Serrano examinan los órganos de la ciudad de Jaca: el monumental de la catedral —de inicios del siglo XVIII y actualmente en restauración—, los dos del monasterio de las Benedictinas —el de la iglesia, de mediados del XVIII, y el de la capilla monástica, procedente a

su vez de la parroquia navarra de Beire— y además dos que hoy no funcionan, a pesar de ser los más modernos, el de la capilla de Nuestra Señora de las Nieves del Instituto Pirenaico de Ecología, de 1946, y el de la parroquia de Santiago, de 1971. Luis Alfonso Arcarazo recupera la figura y el legado del médico cirujano Franco García Bragado, que asistió y participó en la modernización de la medicina en Huesca y en todo el Alto Aragón. Nacido un año después que el siglo xx en Ávila, llegó a Huesca en 1928 tras obtener una plaza de cirujano en la Beneficencia Provincial. La semblanza que hace Arcarazo profundiza en las memorias que el protagonista escribió en su momento como testigo de casi toda la centuria, marcada —según él mismo señaló— por “la pérdida de las Colonias”, la “Guerra de África, las dos guerras mundiales y sobre todo nuestra Guerra Civil, [...] con todas sus grandezas y todas sus miserias”. Especial impacto emocional causaron en el doctor los incesantes bombardeos de las tropas republicanas, que dañaron muy gravemente el ya de por sí maltrecho Hospital Provincial. Por su parte, Irene Ruiz repasa las principales intervenciones del madrileño Manuel Lorente Junquera, nombrado en 1940 arquitecto conservador de monumentos nacionales en Aragón, La Rioja y el País Vasco y en 1947 arquitecto conservador del Museo del Prado, cargos que ocupó hasta 1970, año de su jubilación. Su responsabilidad en la restauración monumental de la posguerra en Huesca y el Alto Aragón fue enorme. La autora destaca su forma de trabajo, plagada, como era habitual en la época, de decisiones personales, pues —como un nuevo creador, y a veces obedeciendo los deseos de la oligarquía urbana— el arquitecto determinaba lo que convenía mantener o, por el contrario, eliminar en una obra para conseguir la repristinación, es decir, la vuelta al estado original del monumento. Finalmente, Amparo Coiduras, nieta de Antonio Sanagustín, explica en su artículo el contenido del libro objeto que ha confeccionado para rendir homenaje con una obra creativa a su abuelo y a su labor pionera durante más de cuarenta años al frente de la galería S’ Art, abierta al público en 1971, así como la metodología utilizada para su realización. El proyecto comprende también un vídeo con entrevistas que se encuentra disponible en Youtube. Su trabajo ha sido apoyado con una Ayuda de Investigación del Instituto de Estudios Altoaragoneses otorgada en 2016.

Todos los que preparamos este nuevo número de *Argensola* deseamos que su contenido sea del interés y del agrado de los lectores y que contribuya al conocimiento de la historia del Alto Aragón y a la puesta en valor de su patrimonio.

M.^a Celia Fontana Calvo
Directora de la revista *Argensola*